

PUTA FÁBRICA

de Jean-Pierre Levaray y Efix

Adaptación de la novela
PUTAIN D'USINE
de Jean-Pierre Levaray

EFIX - LEVARAY
PUTA FÁBRICA



LA OVEJA ROJA

Puta Fábrica

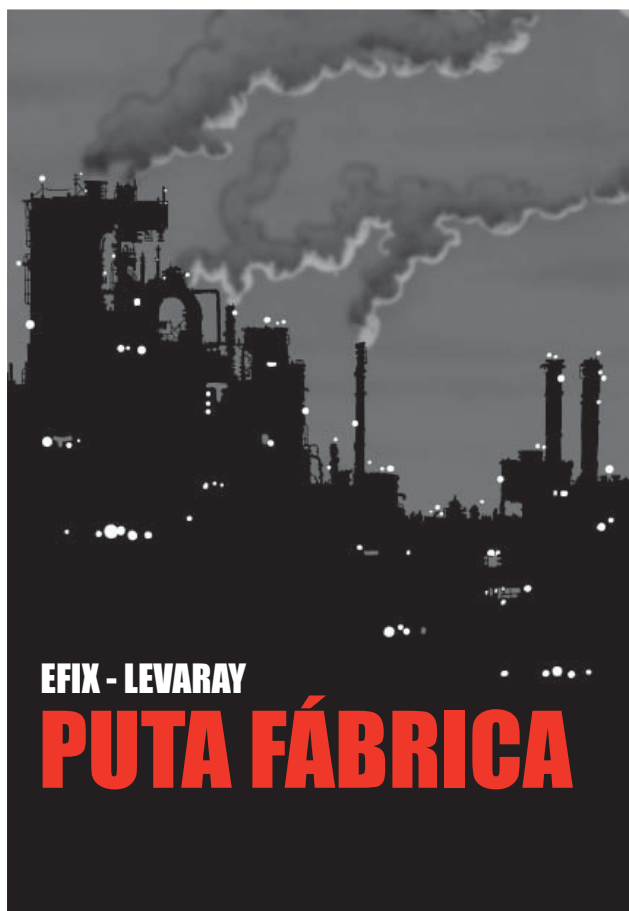
Autores: Jean-Pierre Levaray y Efix

Editorial: La Oveja Roja

Formato: 165 x 240 mm, encuadernación rústica, 144 pgs. B/N.

Precio: 14,50 €

ISBN: 978-84-935829-3-7



Treinta años de vida (y muerte) en la fábrica: los compañeros perdidos, los accidentes, el alcohol, las huelgas, los momentos de revuelta, la alegría del aperitivo con los compañeros... Una fábrica que espera, como tantas otras, el cierre final, la externalización, la deslocalización. Y en medio de todo ello: esos obreros que siguen rompiéndose el espinazo por mantener encendidas las calderas y de los que ya nadie habla.

Jean-Pierre Levaray narra en esta obra algo que conoce demasiado bien: el trabajo en la fábrica, «esta vida perdida», «esta vida, ya de por sí corta, y que el curro te araña despacio»...

Y Efix la plasma con su dibujo en blanco y negro, duro, expresivo; perfecta combinación para describir el universo cerrado y agobiante que sufren miles de personas cada día.





Jean-Pierre
Levaray

Hace más de treinta años que Jean-Pierre Levaray trabaja en una fábrica de productos químicos de Grande-Paroisse, en Grand-Quevilly, cerca de Rouen.

En febrero de 2002, cinco meses después de la explosión de AZF en Toulouse, publicó su primer libro *Putain d'usine*, que alcanzó unas ventas superiores a 10 000 ejemplares.

Uno de sus principales objetivos es hablar del día a día: «El trabajo asalariado es demasiado mortífero. Lo sufrimos casi como una maldición y condiciona nuestra vida».

Putain d'usine es la adaptación en cómic de la novela *Putain d'usine*, de Jean-Pierre Levaray.

La novela se publicó en 2002 y enseguida conoció un éxito considerable. A partir de sus textos se han creado tres adaptaciones teatrales (una de ellas sigue en escena) y un documental televisivo.

Reseñas en la prensa

LE MONDE DIPLOMATIQUE

Putain d'usine - Jean-Pierre Levaray

Edición impresa - junio 2002 - Página 31

Reconsiderar el sentido del salario y especialmente del trabajo, no parecía ser un gran tema de actualidad. La época en la que el movimiento obrero desfilaba bajo la bandera de «la abolición del trabajo asalariado» queda ya lejos. Este libro breve, escrito como si de un puñetazo se tratara, nos recuerda que el trabajo obrero sigue siendo una experiencia de violencia, aunque el sufrimiento que genera ya no interese al gran público.

El autor, obrero de una fábrica de productos químicos, mezcla en un texto descarnado y a veces desesperado su día a día, plagado de accidentes de trabajo, de muertes por agotamiento o por alcoholismo, de fatiga generada por los triples turnos, del estrés de la intensificación de la flexibilidad. Por allí han pasado desde hace quince años la obsesión por la reducción de costes de producción y el continuo recorte de plantillas. Pero afortunadamente, todavía queda tiempo, entre otras cosas, para las luchas y las huelgas que permiten a Jean-Pierre Levaray aguantar sus veintiocho años de fábrica.

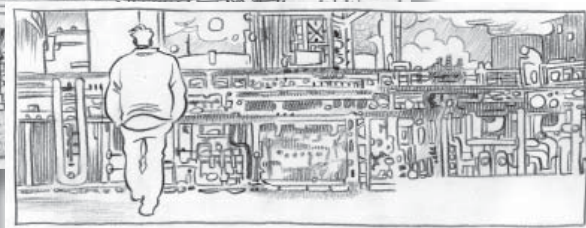
Gilles Balbastre.



Efix

Las regiones mineras del norte de Francia vieron nacer a quien iba convertirse en Efix. Emigró después al sol de Grenoble y vivió varios años complicados antes de publicar *Moorad*, el primer tomo de la serie *Mon Amie la Poof*.

En 2000 Efix recibió el premio al mejor autor en el festival del cómic de Decines, cerca de Lyon. Un mes después publicó la serie con la editorial Petit à Petit, que también sacó *K, une jolie comète* y *Les amis de Josy*. En mayo de 2006 Efix terminó el último tomo de *Mon amie la Poof*: había creado más de 400 láminas para llegar hasta su quinto tomo, *Ivan*.



L'HUMANITÉ

Putain d'usine

Entrevista con Jean-Pierre Levaray

Jean-Pierre Levaray, un cuarentón hirsuto, barbudo, áspero y discreto, pasa del azul del mono al negro de la tinta para contar su rabia, su rechazo a dejarse la vida para ganársela en una fábrica de productos químicos. De los suburbios de Rouen a la explosión en Toulouse, historias de vida, de muerte, de amargura y de esperanza, entre la sala de control, las salas de reunión, los piquetes, la biblioteca de la asociación, escritos comprometidos y atractivos. ¡Cuidado con el trabajo!

«Putá fábrica». Treinta años currelando en esta fábrica de productos químicos. Una fábrica en los suburbios de Rouen que pertenece a la rama química de TotalFinaElf. Como la que explotó en Toulouse. Fabricamos fertilizantes de nitrato, estoy en el servicio de control: vigilo las máquinas en las pantallas desde un tablero. Mi padre era un obrero de la SNCF pero yo nunca quise hacer el mismo trabajo que él. Además, al principio yo ganaba más. Pero él ascendió en el escalafón. Nosotros, al contrario, hemos pasado de 2.000 a 650 obreros. Los talleres se han envejecido y seguramente pronto llegue un plan social.

En el colegio, la orientadora quería que fuese al insti. Tendría que haberla hecho caso. Y a los 18 años, entré en la fábrica. Todavía recuerdo al ingeniero que me recibió. «Todo lo que has aprendido, aquí no sirve de nada», me dijo el primer día. Y desde el principio tuve ganas de largarme. Como todo el mundo. Me vienen de vez en cuando. Pero hay letras que pagar... He probado otros trabajos: enfermero, camarero. Pero entre la precariedad y el salario, he vuelto pronto a la fábrica. Y no por gusto. Sabemos muy bien que aquello no es

vida. La fábrica es como dejar de lado la vida. Alain, un colega, me dijo «yo dejo mi cerebro en la entrada. Si me pusiese a pensar qué hago allí, me largaría corriendo...». Lo cuento en Putain d'usine, mi primer libro. Este libro lo he escrito en el tajo. Sin que se me pusieran demasiadas pegas: mi colegas estaban

acostumbrados a verme garabatear por el sello de rock alternativo On @ faim, el fanzine y la librería de la asociación. Me entraron ganas de escribir este libro después de escapar a un accidente que le costó la vida a dos de mis colegas. Un conducto de hidrógeno que explotó; yo acababa de irme treinta segundos antes. Un shock. Los militantes de la CGT del comité de higiene y trabajo llevaron perfectamente el tema, así que regresé a un sindicato que había abandonado en el 1981. Luego me he convertido en secretario adjunto en el comité de empresa. En realidad, este libro me rondaba desde hacía mucho tiempo. Además, estaba harto de historias de directivos que se hacen preguntas, del patrón que de repente en una discoteca se pregunta dónde ha ido a parar su vida. ¡Y nosotros? Sabemos demasiado bien que la vida está en otra parte y que no queremos perderla ganándonosla. Aunque creo que la clase obrera debería reinventarse, pese a todo somos siete millones: necesitaba decir que somos algo y que todavía seguimos ahí. Porque, normalmente, sólo se habla de los obreros cuando cierran una empresa. Con ese tonillo condescendiente de los periodistas, que, en su mayoría, no saben qué es la vida en la fábrica. Y no digamos ya los políticos, a los que nunca vemos si no es para recoger algún voto. Sin ser su portavoz, he querido decir lo que muchos obreros piensan, sienten, es decir: la tristeza, el hastío... las charlas en las que he participado después de la publicación de este libro me lo han confirmado. Hay que reconocer que nosotros no hablamos mucho de nuestro curro. Mi padre era igual: el sentimiento de que la fábrica, el tajo, no eres tú, no es tu vida. Aunque ocupe la mayor parte de tu tiempo... Un colega me dijo «Voy a darle tu libro a mi mujer, así comprenderá...».



El trabajo queda fuera de uno mismo y algunas personas se toman mal que seamos críticos. Los profes, los enfermeros. Para ellos su trabajo es una pasión. Nosotros manejamos materiales peligrosos, fabricamos abonos. Curramos en la química, un sector que desacelera. Está claro: la vida está en otro sitio. Está en la lucha y en todos esos pequeños instantes que reconquistamos al patrón. Es igual en todas partes: los aperitivos que permiten reunirnos, o las teles escondidas.

De hecho, fue con una de las teles como nos enteramos de la catástrofe de Toulouse. El impacto fue enorme, la catástrofe más grave de Francia ¡y además en una fábrica del mismo tipo! Yo había pedido que me trasladasen allí y todos conocíamos a algún colega en la fábrica. Escribí un segundo libro, *Après la catastrophe*. No he querido ir a Toulouse. Evidentemente, la CGT fue muy crítica, sobre todo el sector químico. Pero era difícil —por no decir imposible— hacerse oír. Con la desgracia los obreros de Toulouse se encerraron en sí mismos. Sin hablar de la gestión paternalista de Total. En ese tipo de momentos, olvidamos todo contra lo que hemos luchado. No sabemos qué va a pasar con nosotros. Así que idealizamos la fábrica. Es como cuando se destruye un bloque de viviendas sociales. O cuando se cierra un taller. Hay una desmovilización paulatina. Y también está el individualismo: ¿cuántos colegas esperan un plan social para jubilarse? Todo el mundo tiene que apañárselas y es perfectamente comprensible. Porque, aunque se pueda hablar de una gestión paternalista con la gente de Toulouse, esto no les impidió cerrar al mismo tiempo una fábrica en el Norte. Y ahora en los «planes sociales» ya no hay jubilaciones sino traslados. Ni siquiera se dan cuenta de lo que esto significa: cambiar

de región, rehacer tu vida, cuando tienes cuarenta tacos y una familia. Verse en peores condiciones de trabajo de las que tenías antes, con tu mujer que se ha quedado sin curro. Me gustaría escribir sobre eso. Nos matamos trabajando y, enfrente, nos tratan como si no valiésemos nada. Queremos trabajar bien para vivir y no vivir para trabajar. Porque, a fin de cuentas, el sistema de trabajo asalariado es una invención reciente. Viene de la industrialización. El trabajo se ha vuelto exterior a uno mismo. Se presenta como un instrumento de liberación cuando en realidad está ahí para generar un beneficio. Y consumimos lo que no podemos hacer nosotros mismo. Y al final: curras para tener un coche y tienes un coche para poder ir a currar. No, los buenos momentos, son los de lucha. Últimamente ha habido una huelga por los salarios que ha estado relativamente bien seguida. Hay dos tipos de acciones: las nacionales, que son los que son, y luego, las huelgas que estallan por las condiciones de trabajo. Huelgas recurrentes, taller por taller. Da gusto ver una fábrica que se para, con los jefes corriendo por todos lados. En esos momentos, te ocupas de ti mismo, luchas por tu condición, inviertes la relación de fuerza, te encargas directamente del patrón. Es como ir a París, a la sede de Total, al sanctasanctórum. Lo llamamos «la descarga»: hay todo un sentimiento que se manifiesta. Desembarcas en despachos con moqueta por todas partes y comes a cuenta del patrón. Y te encaras a personas que no te conocen. Porque por mucho que digan que estamos en el mismo barco, el viaje es igual para todo el mundo. Nunca he conseguido ver a Desmarest: hay que decir que cuando lo de Toulouse, ¡consiguió escaparse cargándose la cristalera de un local! Algunos critican a los tíos de Cellatex diciendo que son

irresponsables. Pero los verdaderos irresponsables no son los obreros que sólo han encontrado este medio para hacerse oír, son los que los han llevado a esto. Además, nuestros patrones tendrían que tener esto en mente. Recuerdo una huelga muy dura, hace veinte años, en una fábrica de al lado de la nuestra. Los obreros rociaron con fertilizantes el Sena, las calles de Rouen...

¿Que si mi condición ha cambiado después de estos libros? Un poco entre los compañeros. No me miran de la misma forma. Al principio, algunos tuvieron miedo de que contase demasiado. Esto abrió el diálogo. Unos ingenieros vinieron a verme. La dirección de recursos humanos quiso hablar de ello. No se si Desmarest lo ha leído. Pero en cualquier caso, el servicio de comunicación del grupo me pidió un motón de libros. ¡Hasta uno de mis jefes quería una dedicatoria! No acepté. Tenía la impresión de estar ante la poli. Uno que se hace el simpático y que quiere su dedicatoria y el otro que te mira mal... A ése ha sentado mal el título «Putá fábrica, quiere decir que yo soy un chulo» me dijo. Tiene razón: «Vendemos nuestro cuerpo a la fábrica. El trabajo es prostitución». Declaraciones recogidas por Sébastien Homer

